

EL PREGONERO DE DESIERT



Año 3, números 3 y 4, julio - diciembre de 2020



OBRAS PREMIADAS

concurso «Palabras de Mormón»

pág. 5

NOVEDADES

VEN, SÍGUEME,
complemento artístico

pág. 26





La Cofradía de Letras Mormonas es un colectivo integrado por miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entusiastas y amantes del Arte en general y la Literatura en particular, unidos con el propósito de descubrir y difundir la labor de escritores y, ocasionalmente, otros artistas mormones. Agradeceremos sus comentarios, sugerencias y aportaciones al correo

cofradiadeletrasmormonas@gmail.com

La CLM y esta publicación no son oficiales ni dependen de la Iglesia ni de sus autoridades generales o locales.

EN ESTE NÚMERO

Editorial	3
Fallo del concurso «Palabras de Mormón»	4
Obras premiadas	5
<u>En lo profundo del corazón</u>	6
<u>Abedul</u>	9
<u>Recuerdo de la lluvia que no recuerdo</u>	11
<u>Aún continuaba equivocado</u>	11
<u>Las nubes en el cielo</u>	13
<u>La radio</u>	15
<u>El traje carmesí</u>	16
<u>Mi Alicia adorada</u>	17
<u>La liberación del pueblo de Limhi</u>	19
Poesía Navidad	24
Novedades	26

NUESTRA PORTADA

La obra *Las dos razones, o la Razón y la Fe*, que creara el pintor Juan Manuel Blanes en torno al año 1882, nos recuerda la admonición de D. y C. 88:118: «**buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe**».





Cristo sobre las olas
Víctor Meirelles, s/f
óleo y papel sobre tela.

EDITORIAL

«**E**l arte es raro y los artistas son raros. Pero en el mejor de los sentidos. Como llevar un arco iris a cuestras», declaró la escritora uruguaya Marosa di Giorgio. Estamos inmensamente felices y agradecidos de que tantos de ustedes hayan tomado ese arco iris para llevarlo a cuestras al participar en la primera edición de nuestro concurso literario cuyos resultados comenzarán a plasmarse a partir de este número doble de *El Pregonero de Deseret*. Como lo anticipáramos en su momento, se presentaron 59 obras que representaron la voz de 48 autores provenientes de más de diez países. Estas obras revelaron distintas voces, con los más diversos estilos y formas. Tuvieron en común su afinidad religiosa y su amor por las letras.

Nos hubiese gustado que todos recibiesen un premio, pero, lamentablemente, eso no es posible. Sí quisiéramos resaltar el sentimiento compartido de que, como lo expresara Rubén Darío en su prólogo de *Los raros*: «hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención». Eso es de por sí magnífico y prometedo. Todos han batallado con las palabras y las frases intentando unirlas con un propósito estético y espiritual definido. «La riqueza del lenguaje puede ser medida por el número

de las palabras, pero no su poderío —nos recuerda Ernesto Sábato—. Hay escritores que se arreglan con un vocabulario restringido, que sacan matices y partido del que tienen por la maestría en la colocación. Como en el ajedrez, una palabra no vale por sí sola sino por su posición relativa, por la estructura total de que forma parte». Pero también agrega que «[el] oficio —en el arte— consiste en que no se lo advierta». ¡Cuántas cosas a tener en cuenta!

Salvo un par de propuestas que no cumplieron con el requisito de la extensión máxima indicado en las bases del concurso, el resto fue leído, releído y evaluado por cada uno de los jurados. Individualmente, presentaron una lista de las 20 obras que, a su criterio, deberían ser finalistas. En una puesta en común se logró reducir a 15 el total y de allí surgieron los premios y menciones que hoy presentamos en sociedad. Huelga decir que llegar a estas decisiones fue muy difícil.

Gracias a todos los que respondieron al llamado, a quienes los estimularon para hacerlo, a quienes nos apoyaron en la difusión y en los premios. Pero esto recién comienza. Como diría el presidente Nelson, «tomen sus vitaminas», prepárense y sigan escribiendo... Aquí los estaremos esperando.

ACTA

del Primer Certamen Literario

«Palabras de Mormón»

El 11 de mayo de 2020, un Jurado presidido por el escritor Gabriel González Núñez, e integrado además por el escritor Mario R. Montani, el editor Rafael Vázquez Velázquez y el empresario Luis Zegarra Jiménez (con voz pero sin voto), resolvió por unanimidad el I Certamen Literario «Palabras de Mormón», de la siguiente forma:

Obra ganadora:

«En lo profundo del corazón»
memoria de Moramay Alva

Primer accésit:

«Abedul»
cuento de Jonatan Walton

Segundo accésit:

«Recuerdo de la lluvia que no recuerdo»
microficción de Santiago Vásquez

Asimismo, el Jurado se valió de sus deliberaciones para decidir por las siguientes **Menciones de Honor**:

Cuento: «Aún continuaba equivocado», de Gonzalo Palacios

Ensayo: «Las nubes en el cielo», de Katty Preciado

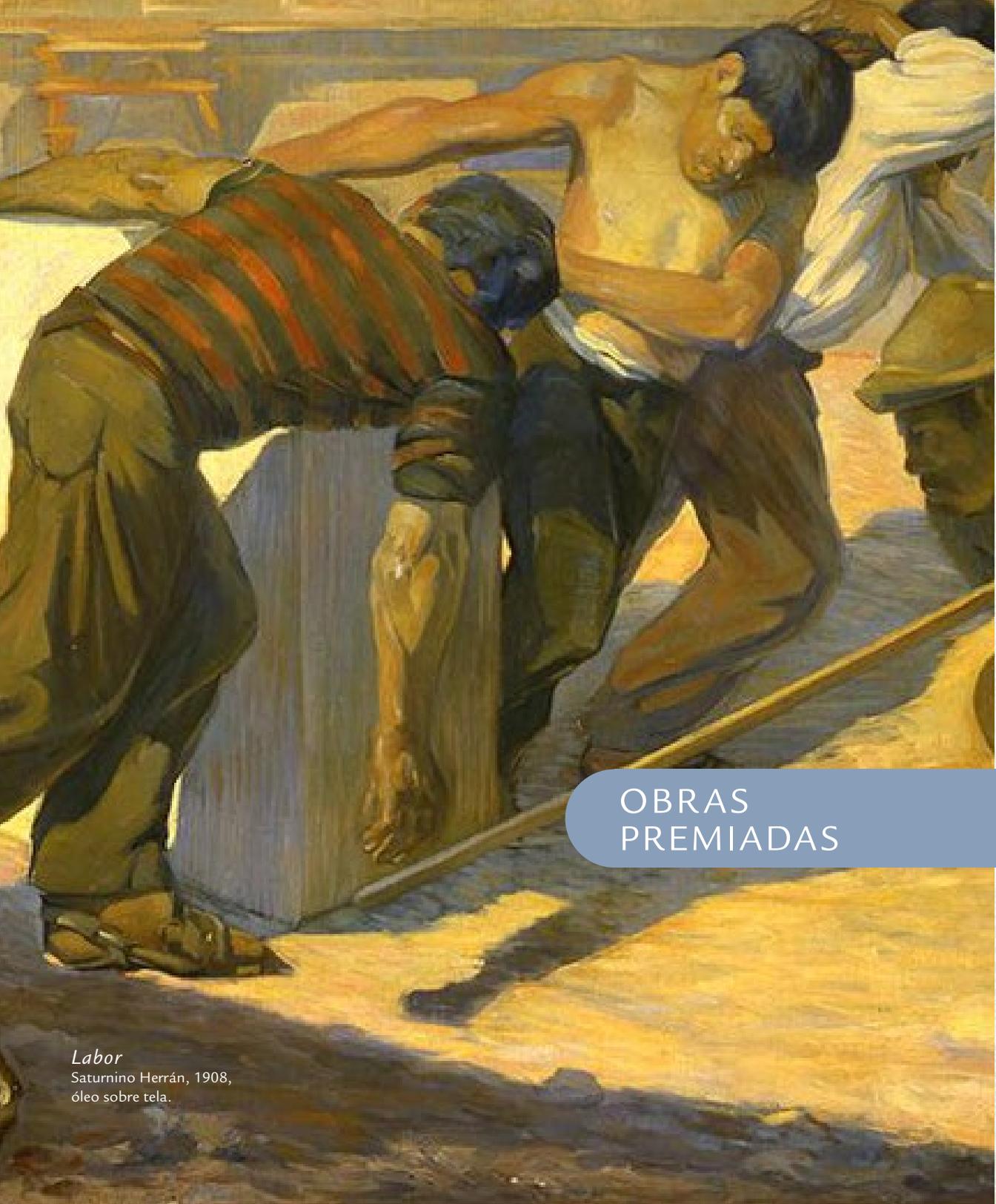
Memoria: «La radio», de Cristina Páez

Microficción: «El traje carmesí», de Maximiliano Martínez

Poesía: «Mi Alicia adorada», de María Alejandra Cabezas

Teatro: «La liberación del pueblo de Limhi», de Débora Loiza

El Jurado desea destacar la calidad de las obras presentadas, en especial de las 15 obras finalistas, así como expresar el deseo de que los participantes sigan desarrollando su talento literario y tengan mucho éxito como escritores.



OBRAS
PREMIADAS

Labor
Saturnino Herrán, 1908,
óleo sobre tela.



ganadora

EN LO PROFUNDO DEL CORAZÓN

Moramay Alva

¿Qué determina el que quieras a alguien? ¿Cuánto tiempo debe pasar para que lo llegues a amar? ¿Depende del tiempo que convivieron? ¿O los momentos que vivieron juntos? Por experiencia he descubierto que no se necesita conocer por mucho tiempo a una persona para llegar a quererla. Algunas conexiones son casi instantáneas y se introducen en lo profundo del corazón.

Me encanta la historia familiar porque me permite conocer a muchos parientes, así que estaba muy emocionada cuando supe de la reunión familiar de los Márquez, la familia de mi padre. Había estado buscando información sobre mi bisabuelo, Julio Márquez, y esta era la oportunidad perfecta para saber más sobre él. El día de la reunión no tenía mucho tiempo y solo pude saludar a algunos familiares. Fue la primera vez que vi a Mayel, pero apenas hablamos. Le di la investigación que llevaba, me dio las gracias y me fui.

Unos meses después me envió un mensaje. Había revisado mi investigación, la misma que le di cuando lo conocí y quería mi ayuda. Su esposa había muerto hacía unos meses y no se sentía muy

bien para organizar todo para la próxima reunión. No podía creer que a alguien le gustaran las reuniones familiares como a mí o tal vez más y yo estaba sumamente feliz de ser parte de esto, así que acepté con gusto.

La próxima vez que vi a Mayel me sorprendió. Solo nos habíamos visto una vez y me saludó con tanta familiaridad, como si nos conociéramos de toda la vida. Ejerció una especie de fascinación en mí y no podía dejar de mirarlo. Tenía casi cincuenta años y una sonrisa sincera; su cabello negro estaba cubierto de canas, con unas densas cejas negras. Tenía una forma peculiar de hablarme, con una familiaridad que nunca había sentido, ni siquiera con mi familia cercana. Él amaba la historia familiar tanto como yo, pero había hecho algo más. Organizó la reunión familiar más grande que jamás haya visto. Con su entusiasmo característico, Mayel había logrado reunir a más de cuatrocientos familiares, venidos de diferentes ciudades, y la nombró «Marquezada». Su trato con todos era peculiar, hablaba con tanta familiaridad y cariño, como si tuvieran años de amistad, aun cuando tenía dos minutos de haberlos conocido. Se muestra-

ba tan amable que sobrecogía, pero con su calidez era fácil sentir su sinceridad. Para él no importaba cómo te veías, de dónde venías o a qué te dedicabas; lo importante es que eras familia y eso bastaba para él.

El día de la reunión, en agosto del 2017, llegué temprano para ayudar con los últimos detalles. Mayel portaba su sombrero característico, que le daba un toque de sofisticación. Mientras hablábamos sobre la reunión, una de mis primas mencionó a su hijo que recientemente había regresado de la misión en Brasil. Mayel inesperadamente dijo: «yo era mormón». Al principio creí que bromeaba, pero luego habló sobre su obispo y la razón por la que dejó la iglesia. «Fue una tontería», dijo. No podía creerlo, pero me sentí muy feliz. Ahora todo tenía sentido: ¡esa era la razón por la que buscaba a la familia! Y empecé a soñar: tal vez él podría regresar a la iglesia, yo podría ayudarlo, necesitaba hacerlo. Después de algunas horas, la reunión terminó. Cuando estaba por subirme al auto, Mayel vino a preguntarme algo y me abrazó. Olfía a alcohol, un aroma que no tolero, pero por alguna razón esta vez no me molestó. Fue la última vez que lo vi.

Meses después abrí mi página de Facebook. Uno de sus hijos publicó un estado pidiendo oraciones por su padre, y es cuando lo supe: Mayel había tenido un accidente y estaba en terapia intensiva luchando por su vida.

Los días pasaron con pocas novedades. No se brindaba mucha información

sobre la condición médica de Mayel y yo confiaba en que todo saldría bien. Un domingo por la mañana, recordé la plática que habíamos tenido sobre la Iglesia, y después de pensarlo un poco me armé de valor y le pedí a su hijo que permitiera que algún poseedor del sacerdocio le diera una bendición, después de todo él era miembro de la Iglesia y yo estaba segura de que eso podría ayudar. Su hijo solo contestó con un «no». Por alguna razón sentí una gran tristeza, como si hubieran rechazado la última opción de salvarlo. No podía hacer nada al respecto, solo orar y pedir que esto se convirtiera en un mal recuerdo.

Ese domingo, durante la escuela dominical me sentía más inquieta de lo habitual. La respuesta que había recibido del hijo de Mayel realmente me había dolido y no dejaba de pensar en lo mucho que la bendición podría ayudarlo. Estaba absorta en mis pensamientos, tratando de poner atención a lo que se decía en la clase, cuando vibró mi celular. Leí el mensaje; como pude me levanté y salí casi corriendo del salón. Era como si el mundo se hubiera apagado. No escuchaba nada. Sentí un dolor en el pecho y comencé a llorar. Encontré a mi esposo en el pasillo, al ver mi rostro, me preguntó que me pasaba. Solo pude decir: «Mayel está muerto».

Los días siguientes estuvieron llenos de mensajes en los que se cambiaba constantemente la hora y lugar de los servicios funerarios. Yo no salía del shock; no podía creerlo. Después de al-



gunos días por fin se determinó el día y lugar de la misa de cuerpo presente. Hice los arreglos necesarios y con el corazón pesado viajamos hacia allá. Llegamos a la misa cuando estaba por terminar. Empecé a comprender que había perdido más que a Mayel. Perdí la conexión familiar que sentía. Noté por primera vez que ese sentimiento de tanta familiaridad solo lo tenía con él. Yo era una extraña para cualquier otra persona, aun para sus hijos, incluso cuando tenemos la misma sangre. Ahora, los mismos rostros felices que había visto en la reunión familiar estaban conmovidos por el dolor, y aunque los había visto más de una vez, me parecieron desconocidos.

Llegamos al panteón, ese panteón en particular que no me gusta. El aire olía a flores, las flores que anuncian la muerte, una combinación de dulce perfume y agua estancada. Ese lugar siempre me ha dado una sensación extraña, y aunque disfruto ir a los cementerios por mis investigaciones genealógicas, más de una vez he querido salir corriendo de ahí. Las tumbas están tan juntas que parecen estar una encima de la otra, y aun cuando algunas de ellas tienen flores, lucen abandonadas, con ese peculiar color gris que toman las lápidas después de los años. El panteón se veía más triste que nunca.

Finalmente llegamos al lugar; era pequeño, rodeado de otras tumbas y detrás de una capilla diminuta. Era el espacio justo para poner el ataúd. Quería acercarme, pero no era su familia cercana, así que me paré detrás y esperé a que terminara.

No podía creer cómo era posible que una persona tan importante para mí estuviera en ese pequeño espacio rodeado de tierra fría. ¿Cómo era posible que mis esperanzas fueran enterradas bajo esa tierra gris que huele a flor de muerto? El sol brillaba y hacía calor, pero mi corazón se sentía frío y vacío. Me senté detrás de todos y fingí estar bien. Nadie podía entender mis sentimientos, incluso yo. No podía entender cómo era que mi corazón estaba roto. ¿Cómo era posible que la muerte de alguien a quien apenas conocí me afectara de esta manera? ¿Cómo explicar que había llorado más por su muerte que por la de mamá? Me sentía culpable. Casi no lo conocía. No tenía derecho a sentir esto. No era lógico. Pero era real.

Ha habido otras «Marquezadas» después de la partida de Mayel. Otros se han encargado de organizar la comida, el salón y el baile, pero nadie ha conseguido que se sienta la calidez de antes. He conocido a otros familiares, descubierto nuevos rostros, pero no logro encontrar a nadie como él. Todavía lloro cuando lo recuerdo y me pregunto por qué su memoria se introdujo tan profundamente dentro de mí. Siento amor y dolor por alguien que apenas conocí, pero la conexión entre nosotros era más profunda de lo que jamás imaginé. Extraño la sinceridad en su voz, su calidez al hablarme. Extraño el cómo me sentía a su lado. He comprendido lo difícil que es conectar con alguien de esa manera, que algunos jamás lo logran. Y lo mucho que debemos atesorarlo cuando sucede.





primer accésit

ABEDUL

Jonatan I. Walton

Cayó como todas. Rodó entre malezas, hojas secas y tierra húmeda hasta llegar a la base del valle, donde había crecido junto a sus hermanas. El viento en esa región la llevó un poco más allá, separándola aún más de su familia; y el ciclo de la naturaleza le dio la oportunidad de hacerse un lugar en la rica tierra y crecer.

El tiempo como en todas las cosas pasó. La semilla retoño, y al ver el sol, pudo reconocer quién le brindaba ese calorcito que percibía antes de nacer. Se sintió feliz. Estaba vivo. Entendía que la vida era difícil, y que pocos logran vencer, con ayuda, la barrera de la tierra y la arcilla. En su caso, el viento invisible le había llevado hacia la luz y el calor de sol; y la puso en un lugar amplio para que pudiera elevarse libremente.

Pero varias preguntas invadieron su existencia, dudas que no podía contestar por sí misma: ¿por qué ella y no otra semilla? Si todas cumplían con los requisitos, y todas tenían la misma oportunidad. Se había criado junto a sus hermanas en el mismo ramillete hasta ser semilla. Si eran todas iguales, luego ¿por qué solo unas pocas y no todas? ¿Por qué ella?

Una polilla esmeralda le dijo que todos tenemos motivos para crecer y vivir; todos los seres y las cosas tiene una función fundamental en la vida, un ciclo que cumplir y una misión.

—Yo, por ejemplo, como tus hojas y tú me sirves

de sustento —le dijo mientras mordía una de sus hojas de punta dentada—. Tal vez pienses que te hago daño, pero luego tus hojas se repondrán, tú seguirás viviendo y yo seguiré mi camino de polilla.

A medida que crecía, la espera le ponía tenso. ¿Para qué había nacido? ¿Por qué tan lejos de sus hermanos? Las estaciones lo vestían y lo desvestían, y creció hasta ser un robusto y fuerte árbol. Miles de insectos y cientos de pájaros vivieron entre sus hojas y su corteza por mucho tiempo.

Hombres pintados, con ropa hecha de cueros de animales y plumas pasaron cerca suyo, y fue testigo de guerras colonizadoras. Pensó que tal vez moriría quemado por ellos, o alguna flecha o alguna bala lo atravesaría. Pero no pasó nada de eso; solo un joven soldado de acento extraño se recostó a recobrar fuerzas, y se fue.

«Tal vez sea pasta de papel, o tinta de imprenta, o parte de alguna pala o algún rifle, o alguna muñeca quizás. Tal vez me tome un herbólogo y me convierta en parte de algún remedio». Así pensaba mientras la tierra giraba envejeciéndolo poco a poco.

Ya era adulto, pero no pudo (por alguna razón desconocida) tener progenie. Veía que sus hermanas crecían, y que algunas iban siendo utilizadas para leña y cercos: un grupo de colonos habían invadido esos lugares, y las cabañas aparecían a me-

didada que los bosques eran talados. Pero él seguía sin ser visto. Los ingleses llegaban y el clima se ponía cada vez más frío, y su corazón de árbol, más pesado.

Sabía por pájaros que en otras regiones su especie fue sagrada y que sus parientes lejanos, aptos para soportar grandes heladas, formaban grandes extensiones de bosque. Pero ahí era solo un árbol más, parecido a muchos otros árboles, sin destacarse en nada.

El sol iba y venía, y el viento lo sacudía de tanto en tanto, cuando parecía deprimido. Sus sueños de ser alguien importante desaparecía como sus hojas en otoño. El tiempo pasaba; estaba viejo y grande.

Fue de noche o de día, no recordaba. Llovía fuertemente. Todo estaba tan oscuro que no se distinguían ni estrellas ni nada. El viento enfurecido soplabla fuerte y amenazador. El abedul estaba asustado, pedía al viento que se calmara, pero éste no oía y parecía llover más copiosamente. De pronto escucho un crac: el tronco, su sostén, se había quebrado haciéndolo caer estrepitosamente al suelo. Los pájaros volaron, escapándose de ser aplastados, hacia el refugio de los árboles más cercanos. La raíz moriría, lo sabía. Una gota de la savia miel cayó como lágrima y reproche. Lloraba.

El sol siguió saliendo y secándolo. Los niños de

las granjas cercanas le sacaron varias veces alguna que otra sonrisa al jugar a las escondidas en su tronco seco. Los años pasaron, y su tronco se secó al punto de que ya no era más que corteza hueca. Sin hijos, sin formar parte de algo útil. Lejos de su familia. Nació sin motivos, vivió sin motivos, moría sin motivos.

Meses después escuchó pasos apresurados. Un joven de pelo castaño claro se arrodilló asustado frente a él, en la parte hueca. Parecía cansado, pero seguro de lo que estaba por hacer. Llevaba consigo algo grande, cuadrado y pesado, tapado con un fino y gastado cuero marrón. Era un día hermoso y de mañana. El viento en forma de brisa levantó un poco el cuero dejando ver lo que el joven había llevado, y el sol presentó destellos dorados: eran finas hojas de oro, hermosas y sujetadas por tres anillos también de oro. Parecía un enorme libro con grabados tallados en sus páginas.

El abedul a su manera sonrió como no lo hacía en mucho tiempo. Supo que todo lo que había pasado, todo lo que había sufrido, toda esa espera conducía a ese fragmento de tiempo finito.

El joven escondió las planchas de oro en el cuerpo hueco del árbol cuidadosamente, y acariciando al tosco abedul dijo:

—Ocúltalas bien, que ellos no las encuentren.

El abedul sonrió feliz, y murió.



Nota: «José Smith no tardó en darse cuenta del motivo porque Moroni le había recomendado tan estrictamente que protegiera los anales tomados del cerro, pues no bien se esparció el rumor de que él tenía las planchas, empezaron los

esfuerzos por quitársela. A fin de preservarlas, primero las escondió cuidadosamente en un tronco hueco de abedul.» (Hinckley, Gordon B. [2002], La verdad restaurada, 2002, pág. 13)



segundo accésit

RECUERDO DE LA LLUVIA QUE NO RECUERDO

Santiago Vázquez

Y entonces comenzó a llover pétalos de flores hacia el negro abismo del cielo. Los frágiles copos púrpuras ascendían hasta perderse en el infinito o fusionarse con el trémulo fulgor de las estrellas.

—Aquel será tu nuevo hogar —me dijo señalando una de ellas.

—Mi nuevo hogar... —repetí sin palabras.

—¿Tienes miedo?

—Un poco —admití mientras advertía que algunos pétalos flotaban sin decidirse a ascender—. No voy a recordar nada de todo esto, ¿verdad?

—No. Y a la vez sí. Lo recordarás fuera de la memoria. Lo sentirás cuando te toque la lluvia que allí será tan diferente. Sabrás que muy lejos y muy cerca, del otro lado de la lluvia, en el origen, estaré yo. Seré el recuerdo de la lluvia que no recordarás.



mención de honor: cuento

AÚN CONTINUABA EQUIVOCADO

Gonzalo Palacios

Era poco habitual que lloviera en esa época del año, por lo que le sorprendió sentir gotas gruesas resbalar por sus mejillas. A los pocos minutos tuvo que sacarse los lentes para poder seguir viendo el camino con normalidad. No tenía nada en contra de la lluvia, pero le puso de mal humor pensar en que los zapatos se le ensuciarían después de cruzar Las Musas, pues se dirigían ha-

cia el otro lado del área, en donde la lluvia y la pista sin asfaltar dejarían el calzado impresentable. Para el final de la noche, su mal humor no cambiaría, pero la lluvia no tendría nada que ver.

Después de tres cuartos de hora conversando sobre por qué era importante obedecer mandamientos y guardar convenios, la lluvia aún se dejaba escuchar con un incesante golpeteo cuyo soni-

do se hacía mayor en complicidad con el techo de calamina. Fue evidente que Demetrio Puicón no quería saber nada de mormones, así como la lluvia tampoco quería dejar de hacerse escuchar. Demetrio Puicón, de rostro surcado de arrugas, tez color cebada y mirada imperturbable, contradijo todo argumento, tachó de mentira cada enseñanza y desmereció todo esfuerzo que el joven misionero hizo por tratar de enternecer su sexagenario e insensible corazón. Hubo momentos en que este miró de soslayo a su compañero, un norteamericano con rostro de actor de película taquillera, buscando, quizá, algún aporte que ayudase a mitigar la paliza verbal que estaba recibiendo; pero desistió al recordar que su español atropellado y mal hablado dejaba más dudas que certezas. Afuera, la lluvia no amainaba.

El joven misionero comprendió lo difícil que es tratar de hacer prosperar nuevas ideas en la mente de un anciano y, luego de intercambiar miradas con su compañero, se dispuso a terminar la reunión. Sin embargo, queriendo quizá tener la última palabra, Demetrio Puicón sentenció, como echando una maldición, que cuando tuviera su edad se olvidaría de obedecer mandamientos y guardar convenios, que lo hacía porque era joven y no había vivido lo suficiente, que, en diez años, o quizá veinte, ya no viviría los principios que predicaba. A esta sentencia le debería haber seguido un silencio absoluto, pero la lluvia no respetó el ánimo quebrantado del joven misionero y, al contrario, se escuchó más fuerte, como dando solemnidad a las palabras del anciano.

Era poco habitual que lloviera en esa época del año, pero en el camino de regreso ya no le sorprendió sentir gotas gruesas resbalar por sus mejillas. Agradeció que esas gotas se entremezclaran con sus lágrimas y, allí, cruzando nuevamente Las Musas, con los lentes empañados, los zapatos embarrados, con un compañero con quien apenas podía comunicarse, y con el ánimo quebrantado, se prometió a sí mismo que no le daría el gusto a Demetrio Puicón, que aunque no hubiera podido hacer que el mensaje del evangelio cale en el corazón del anciano, por lo menos su vida, sobre lo que sí podía tener control, sería tal que demostraría que Demetrio Puicón estaba equivocado. El cielo escampó.

Dieciocho años pasaron. Y aunque hubo momentos en que Demetrio Puicón parecía que iba a tener la razón, el anciano aún continuaba equivocado.





mención de honor: ensayo

LAS NUBES EN EL CIELO

Katty Preciado

Cuando era niña siempre miraba al cielo, cada mañana, cada atardecer, a cada rato. No sé en qué momento dejé de hacerlo, pero en mi infancia no imaginaba un día sin buscar figuras en las nubes, sin poder decirle a Dios: gracias por este cielo tan hermoso... Sinceramente no recuerdo cuando dejé de hacerlo.

Siempre me pregunté por qué nunca vi a mis padres darse un beso, y no fue sino hasta que me casé que descubrí el por qué. En una oportunidad le dije a mi esposo que no comprendía por qué mis padres no se demostraban amor, por lo menos no delante de mí o mis hermanos. Ese día le dije a mi esposo que eso jamás pasaría conmigo. Pero, así como dejé de mirar el cielo un día, pasó. Llegaron los días en los que simplemente no había un beso, pero sí mucho amor, y así entendí lo que le pasó a mamá y a papá.

Recuerdo que cada domingo me levantaba como un dínamo para llegar temprano a la iglesia, con mis respectivos tacones y de punta en blanco. Observaba a las hermanas mayores llegar un poco desaliñadas y decía en mi mente: cómo pueden venir así vestidas, sin maquillaje. ¡Qué horror!, pensaba, mientras me decía a mí misma: eso jamás me pasará a mí, pero pasó. Un día simplemente me encontraba sentada en las bancas del salón sacramental sin maquillaje, sosteniendo mi primer

bebé en los brazos y junto a mi paciente esposo que me ayudaba con el coche.

Y así pasaron cosas en mi vida que jamás pensé que permitiría. Una mañana de enero o febrero, no sé la fecha exacta, pero sí sé lo que sentí, los médicos confirmaron que mi tercer hijo, con solo dos años, tenía leucemia. Ese fue el día que la tierra se detuvo y todo aquello que me preocupaba se volvió nada y mi vida tomó un rumbo definitivo, para siempre, por siempre. Ese día todos fuimos sacudidos y lo que creí saber comenzó su prueba. Albergaba una esperanza que solo Dios podía darme.

Dos años después de mucho trabajo y quimioterapia, muchos amaneceres en medio de esta tormenta, su cuerpo no resistió más. Jonathan partió al hogar celestial. Solo faltaba un mes para que cumpliera cinco años. Fueron los cinco años más hermosos de mi vida, de la vida de todos los que lo amamos. Recuerdo que amaba buscar figuras en las nubes. Aún no puedo hablar sobre él sin llorar; creo que jamás podré, solo que ahora lo hago llena de esperanza porque aquello que Dios llamó el Plan de Salvación tomó forma en mi vida, se volvió real, tangible y necesario para seguir.

Han pasado nueve años desde ese día. No pasa un día sin que mire al cielo, sin que bese a mi esposo, a mis hijos, sin que les diga lo mucho que los amo. No he vuelto a usar tacones, pero sí me

maquillo, a veces, porque el dolor me enseñó a encontrar el verdadero sentido de la vida, a comprender que otros abrazan el dolor y no lo sueltan, muriendo cada día sin darse cuenta. Debo confesar que yo también pasé por allí en un principio y a veces tengo mis momentos en los que retrocedo, pero tengo varias cosas en mi vida que me ayudan a no caer nuevamente en lo que llamo el bucle de la depresión.

Dios, Jesucristo, Su amor eterno, mi esposo, mis hijos, mis padres, hermanos, todos me dan día a día colores para que mi vida no se vuelva gris. Los años pasaron, el tiempo es tan caprichoso y obstinado, los niños crecieron —cronológicamente, pues una madre siempre tendrá a sus niños pequeños—, y solo puedo obtener experiencias y enseñanzas que me muestran el camino de regreso a casa. Eso me lo enseñó Jonathan, pues hasta los cielos más grises son hermosos.

A veces, contemplo a mi familia mientras duermen o cuando están distraídos, y entiendo el sufrimiento de quien no tiene a nadie, la alegría de los que sí y lo afortunada y bendecida que soy. Porque Dios me dio un cielo hermoso que ver cada día, un esposo maravilloso para amar eternamente, el

evangelio restaurado que me enseña que la muerte no es el fin, unos hijos que estarán eternamente conmigo y un sentido real de lo que significa cumplir una misión y ser instrumento de Dios en Sus manos.

En medio de toda esta realidad no tengo tiempo para hacer otra cosa más que ayudar a quien me necesite y decirte a ti, que estás leyendo esto, que las pruebas de la vida son para enseñarnos el camino de regreso a casa, que tal vez en el momento no puedas apreciar la enseñanza que Dios quiere darte o de entender su voluntad, pero Dios nos rescata de muchas maneras.

A Jonathan todos lo vamos a volver a ver; solo debemos vivir una vida a la altura de lo sagrado del cielo, a la altura de un Dios amoroso, a la altura de nuestra naturaleza divina y recordar que Dios siempre cumple lo que promete. Esto es lo que me ayuda a levantarme cada día a seguir sonriendo y a procurar llevar sonrisas a otros que por ignorancia creen que están solos. Mi vida tiene un antes y un después, y vaya qué después.

Suena mi teléfono, alguien necesita mi ayuda, debo partir.





mención de honor: memorias

LA RADIO

Cristina Páez

No sé cuándo me di cuenta de que mi hermano Juan Carlos era distinto.

Tal vez cuando íbamos caminando hacia la escuela y al pasar por delante de la casa de un compañero, la madre le decía: «corré, Marcelo, corré».

Tal vez cuando en un recreo de la escuela, lo encontré sentado solito en el aula y su maestra me decía que no cumplía con las consignas que ella daba. No escribía lo suficientemente rápido.

Tal vez cuando siendo alumno del servicio escolar especial, nuestra casa se transformó en un salón de clase donde la señorita Gladys le enseñaba los contenidos del nivel primario. Hasta festejaban los actos patrios y para ello venían compañeros y cantaban, actuaban y compartían con las familias.

Tal vez cuando finalmente, del paso lento, vacilante e inseguro, pasó a la dependencia de la silla de ruedas.

Tal vez cuando una vez al año venían a visitarlo sus padrinos para su cumpleaños y le traían lindos regalos.

Tal vez cuando con su delicada movilidad manual construyó una maqueta de una pequeña ciudad. Los ladrillos eran de granitos de arroz, que él pegó pacientemente, uno sobre otro. Y se ganó un premio de una editorial: ¡un guardapolvo y dos enciclopedias!

Tal vez cuando mi padre, electrotécnico él, le

armó un aparato de radio para onda corta. Era una caja de metal, cuadrangular, de color gris (50 x 30 x 30 cm aproximadamente), con grandes perillas para mover el dial y sin tapa en la parte de atrás, donde se veían muchas lámparas grandes (después supe que eran válvulas). Era tosca pero muy potente, de mucho alcance.

Tal vez cuando desde el dormitorio de mi hermano, a través de la radio gris, las ondas electromagnéticas se transformaban en sonidos y noticias de distintos lugares del mundo que emitían programas en español. Radio Nederland de Holanda, Radio Pekín de China (tan lejos), «La Voz de América» de EE. UU., entre otras.

Tal vez cuando al escuchar «La Voz de América», Juan Carlos supo de los mormones y del Coro del Tabernáculo Mormón (así se llamaba entonces). Todos escuchábamos en casa magníficas versiones de himnos y otros temas y también acerca de algunas costumbres: conoció que no consumían alcohol, ni té, ni café, ni tabaco, y con su puro corazón tomó como suya esta norma y comenzó a cumplirla.

Tal vez cuando mediante unas amigas conocí a unos jóvenes que nos pasarían películas. Ellos resultaron ser misioneros mormones: élderes. Las películas eran sobre el Libro de Mormón. Entonces se armonizó todo: mis experiencias previas por medio de la radio y las «buenas nuevas» que recibí

ese verano. Me bauticé en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Mi hermano no pudo hacerlo en ese momento, por su movilidad restringida.

Tal vez cuando siguiendo la deriva de su enfermedad, un día se durmió. No le alcanzaba el aire de este mundo.

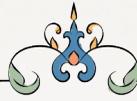
Tal vez cuando su dormitorio, que era como el corazón de la casa porque siempre él estaba, quedó en silencio. No más programas, noticias y sonidos de lejanas, hermosas, imaginadas tierras.

Tal vez cuando al lado de su cama, la tosca radio gris, tal cual mi hermano, quedó en silencio. No funcionó nunca más. Sólo era una carcasa inerte, la que alguna vez fue fuente de ricas vivencias.

Tal vez las tenues ondas del espíritu de Juan Carlos se entrelazaron con las ondas cósmicas que él convocaba con su aparato y volaron juntas a lugares edénicos.

Tal vez como estaba tan acostumbrada a cómo él era —amable, calmo, bondadoso, pacífico, creativo, sereno, sin atisbos de amargura, esperanzado, confidente incondicional, lleno de amor fraternal, humilde, un joven de fe—, no lo veía distinto. Así era él. Mi hermano menor que al final resultó ser mayor que yo, quien me guio a la luz y a la verdad. Diferente. Casi un ángel. Tal vez.

Tal vez sí, y finalmente me di cuenta, porque durante el tiempo que nos acompañó, mi casa resultó ser «un pedacito de cielo».



mención de honor: microficción

EL TRAJE CARMESÍ

Maximiliano Martínez

El hombre abrió su amplio guardarropa. Su imagen se reflejó en el espejo que ocupaba toda la pared del fondo. Era un hombre que aparentaba unos 40 años, quizás algo menos. Poseía un porte particularmente erguido.

En su guardarropa abundaban las prendas blancas, aunque había algunas de otros colores, muchas tenían detalles en dorado o azul.

Enfrente, cruzando el pasillo, se encontraba el guardarropa de su esposa. Como en casi todos los matrimonios, este era llamativamente más amplio y variado. Sin embargo el guardarropa de ella tam-

bién tenía predominio de prendas blancas. Podían verse algunos vestidos de otros colores y muchos con hermosas estampas y bordados. Incluso una fina prenda azabache con bellos encajes blancos contrastaba con todas las demás. No faltaban los calzados de varios tipos, las carteras y maquillajes, que caracterizan el espacio de toda dama que gusta de verse prolija y femenina.

El hombre movió uno a uno los trajes que colgaban y se detuvo pensativo por un momento en uno. Lo descolgó del barral y lo acomodó en un sitio apartado. Era un traje carmesí, sin líneas ni

detalles, ni en el pantalón ni en el saco. Sencillo y uniforme. Apartó de entre sus camisas una del mismo color y una corbata similar.

—Ven aquí un momento, Amor —lo llamó su esposa.

Él dejó el guardarropa y se acercó a donde ella estaba.

—Siéntate aquí, que te emprolijaré la barba —y con unas brillantes tijeras cortó, un poco aquí y otro poco allá, la barba de su marido, que crecía tupida pero cercana al rostro—. ¿Qué haces con el traje carmesí? Nunca te vi sacarlo de su sitio.

—Es que ayer me reuní con mi Padre y me pidió

que lo preparara porque se aproxima un importante evento en el que tendré que usarlo. ¿Podrías ver que no tenga ninguna arruga, Querida?

—Desde luego, Mi Vida —respondió ella—. Quiero que mi esposo se vea espléndido en tan importante recepción.

Él se sonrió y acercándose la besó.

—María —le dijo—, eres hermosa, y ese perfume a jazmines te sienta de maravilla.

Los ojos de ella brillaron vivaces entre sus oscuras pestañas.

—Gracias, Tesoro.

Nota: Isaías 63:1-3: «1. ¿Quién es este que viene de Edom con vestidos de Bosra teñidos de rojo? ¿Este, vestido con esplendidez, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia, poderoso para salvar. 2. ¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como las del que ha pisado en lagar?

3. He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los he pisado con mi ira y los he hollado con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas». Véase también Doctrina y Convenios 133:46-50.



mención de honor: poesía

MI ALICIA ADORADA

María Alejandra Cabezas

En mil novecientos treinta,
allá en mi Buenaventura,
nació una negra muy linda
y con mucha compostura.

Hija de Evangelina Guerrero
y el señor Miguel Cabezas,
Alicia la bautizaron;
fue de niña bien traviesa.

Esa niña se hizo joven,
¡qué porteña tan candela!,
tuvo un hijo de Abadía
y tres hijas Sinisterra.

Dejó su tierrita hermosa
y con ella sus amores,
con sus hijos llegó a Cali
a pasar más sinsabores.

Pues, en los años setenta,
alguien le endulzó el oído,
y en su vientre le dejó
su retoño más querido.

Servida por sus hermanos,
sus hijos sacó adelante,
trabajando en la cocina
y en las ventas ambulantes.

Pues, por las calles de Cali,
vendió champús y empanadas,
también el pastel de yuca,
y muchas tamaleadas.

Escribía poesía;
bailó currulao y salsa;
amaba contar historias
y cantar las alabanzas.

Predicaba el Evangelio
a cualquier parte donde iba
a familiares y amigos;
fue su mayor alegría.

Se me olvidó mencionar
que el fútbol sí le gustaba,
los partidos de Colombia
y América disfrutaba.

Ella tuvo muchos sueños:
comenzar un restaurante,
publicar sus poesías
y tener vida abundante.

A Dios solía pedirle,
diez añitos más de vida,
pero Su voluntad fue
que a los ochenta y ocho se iría.

Se fue dejando recuerdos,
recetas y poesías;
se fue sin poder saber
que este poema le haría.

Hoy escribiendo estos versos,
su recuerdo es alegría,
aunque no puedo negar
que me da melancolía.

Más yo tengo la esperanza
de que un día nos veremos,
gracias a Jesús el Cristo
y a los convenios que hacemos.





mención de honor: teatro

LA LIBERACIÓN DEL PUEBLO DE LIMHI

Débora Loiza

PERSONAJES

Limhi
Gedeón
Ammón

Compañeros de Ammón
Reina
Sierva 1

Sierva 2
Narrador

ESCENA I

NARRADOR

Las aflicciones de los nefitas eran grandes; y no había manera de que se librarán de las manos de los lamanitas, pues éstos los habían cercado por todas partes.

Y aconteció que el pueblo empezó a quejarse al rey a causa de sus aflicciones, y comenzaron a sentir deseos de salir a la batalla en contra de los lamanitas. Y molestaron gravemente al rey con sus quejas; por lo que él les permitió que obrasen según sus deseos.

Y aconteció que los lamanitas los vencieron y los rechazaron, y mataron a muchos de ellos.

Sí, y salieron aun por tercera vez, y sufrieron la misma suerte; y los que no fueron muertos se volvieron a la ciudad de Nefi.

Se abre el telón

La escena transcurre en el interior del palacio del rey. Un lugar amplio, lleno de objetos decorativos valiosos, alfombras coloridas, cortinas de telas suaves y brillantes. En el centro, un trono, sencillo, cómodo, labrado con exquisitez.

El rey LIMHI está hablando con GEDEÓN.

- LIMHI Tres veces han ido contra los lamanitas y fueron rechazados, la mayoría de los hombres de mi pueblo ha muerto. ¡Es una tragedia!
- GEDEÓN ¿No se han cumplido las palabras que Abinadí profetizó contra nosotros? Y todo esto porque no quisimos oír las palabras del Señor, ni abandonar nuestras iniquidades.
- LIMHI *(Reflexivo)* Tus palabras son verdaderas. Mi padre y sus sacerdotes cometieron un terrible pecado al asesinar al profeta de Dios, a Abinadí y ahora estamos sufriendo las consecuencias.
- GEDEÓN Debemos volvernos a Él y suplicar su ayuda. Nadie más puede salvarnos.
- LIMHI Sí, sé que si nos volvemos al Señor de corazón y ponemos nuestra confianza en su brazo de misericordia, Él, de acuerdo a su voluntad, nos librára del cautiverio. Recuerdo a mi abuelo, el rey Zeniff, cuando era niño me contó de aquella vez en que luchó junto a su pequeño grupo de valientes y vencieron a los lamanitas porque pusieron su confianza en el Señor y fueron fortalecidos. *(Con resolución)* ¡Vamos! Debo hablar con mi pueblo.

Salen de escena

- NARRADOR Y se humillaron aun hasta el polvo, sujetándose al yugo de la esclavitud, sometiéndose a ser heridos, y a ser arreados de un lado a otro y a llevar cargas, según la voluntad de sus enemigos.
- Y se humillaron hasta lo más profundo de la humildad y clamaron fuertemente a Dios; sí, todo el día clamaban ellos a su Dios para que los librara de sus aflicciones.
- Ahora bien, el Señor fue lento en oír su clamor a causa de sus iniquidades; sin embargo, oyó sus clamores y empezó a ablandar el corazón de los lamanitas.

ESCENA II

Aparece la REINA junto a sus SIERVAS, trayendo unos tejidos de hermosos diseños que extienden sobre el trono. Afuera se escuchan llantos y lamentos, la viuda llorando por su marido, el hijo y la hija llorando por su padre, y los hermanos por sus hermanos.

- REINA *(Intrigada)* ¿Qué es lo que estoy escuchando? ¿Lamentos? ¿Llantos?
- SIERVA 1 *(Apenada)* Oh, mi reina, hay muchas viudas en la tierra, y lloran con todas sus fuerzas, día tras día.
- SIERVA 2 Es muy triste; tantas madres que han quedado solas con sus hijos pequeños, sin sostén.

Entra el rey LIMHI

- REINA Limhi, esposo mío, ¿oyes los llantos y quejidos de las mujeres de tu pueblo? No tienen quién las ampare, la guerra les ha quitado todo.
- LIMHI *(Pensativo)* Sí, las oigo cada día, su dolor me atormenta por las noches. Es por eso que he mandado que cada hombre dé para el sostén de las viudas y sus hijos, porque han muerto tantos en la guerra por librarnos de los lamanitas.
- REINA Yo también quiero hacer mi parte, iré con mis siervas y llevaremos alimentos y abrigo, todas mis joyas y mis objetos preciosos los ofreceré a cambio de ayuda para las viudas y los huérfanos.
- LIMHI *(Agradecido)* Eres muy noble, amada esposa.
- REINA *(Con tristeza)* ¿Por qué no escuchamos a Abinadí? Él profetizó que esto pasaría, que si no nos arrepentíamos y nos volvíamos al Señor, seríamos entregados a nuestros enemigos y reducidos al cautiverio. ¡Fuimos tan ciegos!

*La REINA se retira y el rey LIMHI se queda sentado, pensativo.
Aparecen AMMÓN y sus compañeros con GEDEÓN.*

- AMMÓN ¡Oh rey!, soy Ammón, del pueblo de Zarahemla, y estos son mis compañeros; hemos venido hasta aquí para saber sobre nuestros hermanos que vinieron desde allá con Zeniff hace ya muchos años.
- LIMHI *(Sorprendido)* Zeniff era mi abuelo, un rey justo y temeroso de Dios, pero mi padre, el rey Noé, ha traído gran condenación sobre este pueblo debido a sus iniquidades y por haber hecho padecer la muerte por fuego a un profeta enviado por Dios.

- AMMÓN ¡Sí!, Gedeón nos ha contado todo lo que han sufrido desde entonces. ¡Qué tristeza!
- COMP. DE AMMÓN ¡Cuántas maldades cometieron el rey y sus sacerdotes!
- GEDEÓN *(Decidido)* Sí, todos nos equivocamos mucho, pero hemos cambiado y todos nosotros con muchos de nuestro pueblo hicimos un convenio con Dios; de que lo serviremos y guardaremos sus mandamientos.
- AMMÓN Tus palabras me traen gozo y esperanza. Ahora, debemos ver la forma de liberarlos del cautiverio.
- LIMHI Consultamos al pueblo y llegamos a la conclusión de que la única manera es tomar a nuestras mujeres e hijos, nuestros rebaños, nuestras tiendas y huir al desierto, ya que por la espada no hemos podido lograrlo.
- GEDEÓN Rey Limhi, yo iré, si tú me mandas, y pagaré el último tributo de vino a los lamanitas, y se emborracharán. Entonces podremos escapar por el pasaje secreto, cuando estén borrachos y dormidos.
- AMMÓN Yo los guiaré hasta Zarahemla.
- LIMHI Entonces lo haremos así, con la ayuda del Señor.

Se cierra el telón.

- NARRADOR Y aconteció que el pueblo del rey Limhi salió de noche para el desierto con sus rebaños y sus manadas, y fijaron su curso hacia la tierra de Zarahemla, y Ammón y sus hermanos los iban guiando.
- Y después de estar en el desierto muchos días, llegaron a la tierra de Zarahemla, y se unieron al pueblo de Mosiah.
- Y sucedió que, después que Alma hubo enseñado al pueblo muchas cosas, el rey Limhi y su pueblo sintieron el deseo de bautizarse.
- Entonces Alma los bautizó y pertenecieron a la iglesia de Dios. Y el Señor derramó su espíritu sobre ellos, y fueron bendecidos y prosperaron en la tierra.

FIN



POESÍA

*Adoración de
los pastores /
Ángel para una
Anunciación*

José Camarón Bonanat, siglo XVIII, lápiz sobre papel

poesía

NAVIDAD

Nélida A. Sotelo

NAVIDAD...

Hay un algo que denota tu llegada.
Hay un hálito que emerge en el ambiente.
¿Sera ese niño de cara tan sonriente?
¿Sera ese anciano de mirada tan callada?

NAVIDAD...

Dulce imagen tu presencia rememora:
la de un Niño que en un tiempo ya lejano
trajo a un mundo cruel, y torpe, y vano,
el milagro de su ofrenda redentora.

NAVIDAD...

Manto níveo de los capos que al caer
cual corceles en un áureo torbellino,
Van formando la faz de su destino
En la estela de un rosado amanecer.

NAVIDAD...

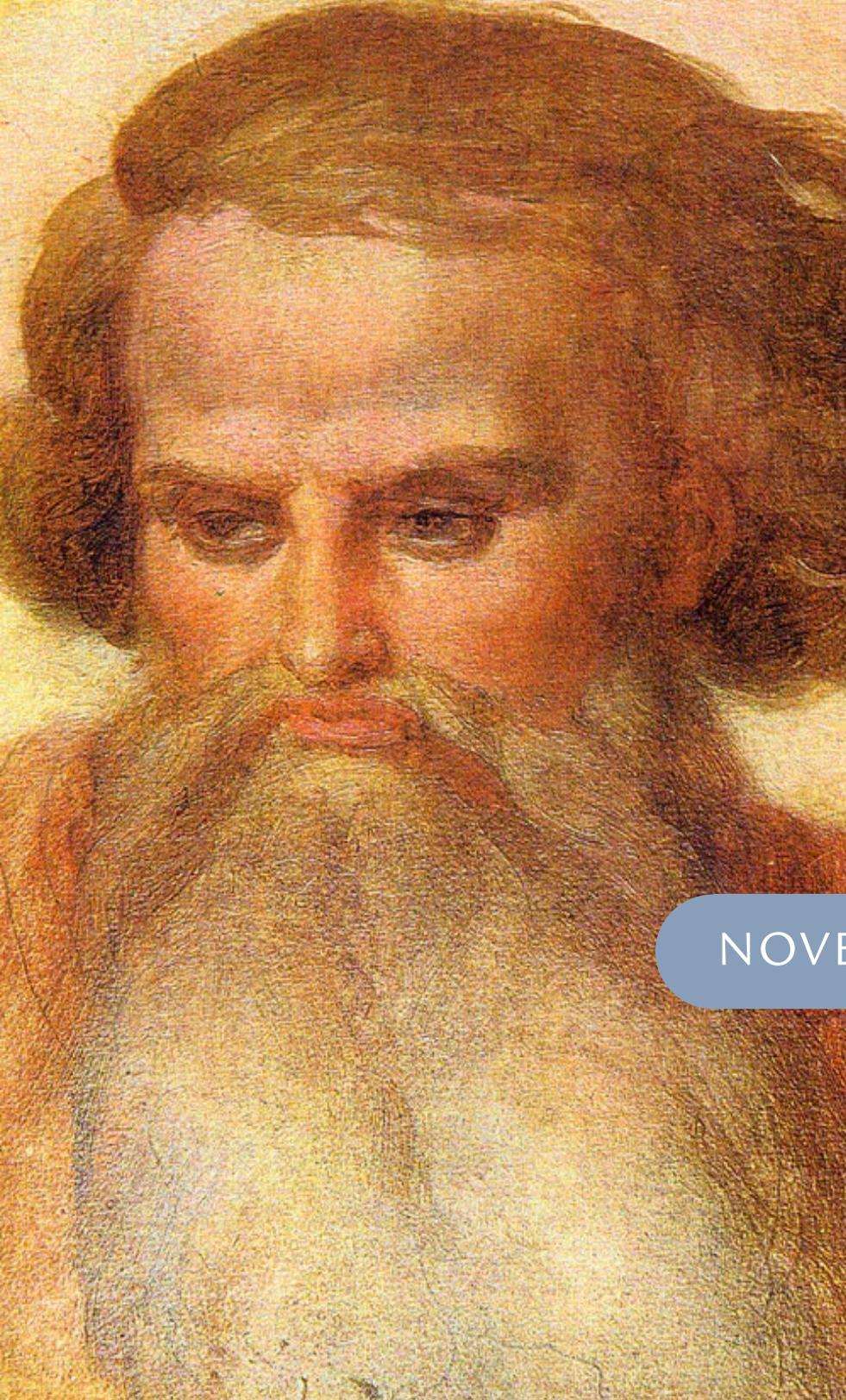
Al conjuro de tu mágica palabra
fluye al punto, de las almas bienhechoras,
el sentir de mil ansias protectoras
que los corazones puros sólo labran.

NAVIDAD...

Añora el solitario tu llegada.
Acude el que esta triste a tu presencia.
Necesita de ti el que a indigencia
lo ha llevado una ruta despiadada.

NAVIDAD...

Eres manto de quietud; eres dulzura
que traspasa la soberbia del erguido
resintiendo el vano orgullo del henchido.
Eres canto de bondad... eres ternura...



NOVEDADES

El Padre Eterno
José María Velasco,
s/f, óleo sobre tela.

NOVEDADES



UN COMPLEMENTO ARTÍSTICO

PARA EL ESTUDIO DE LAS ESCRITURAS

El Centro para las Artes Santo de los Últimos Días, en aras de ayudar a promover el estudio de las escrituras, ha lanzado la iniciativa [«Come, Follow Me \(Art Companion\)»](#) o «Ven, sígueme (Complemento artístico)». Se trata de una herramienta digital que se publica semanalmente, como complemento a las lecturas de Ven, sígueme, una obra de un artista santo de los últimos días, con co-

mentarios y preguntas para el análisis. En el marco de esta publicación semanal se han presentado obras de artistas SUD de todo el mundo, entre ellos los mejicanos [Ricardo Rendón](#) y [Georgina Bringas](#). Las publicaciones semanales se hacen también en español, gracias a los esfuerzos de varios traductores voluntarios, aquí: [Complemento artístico](#).

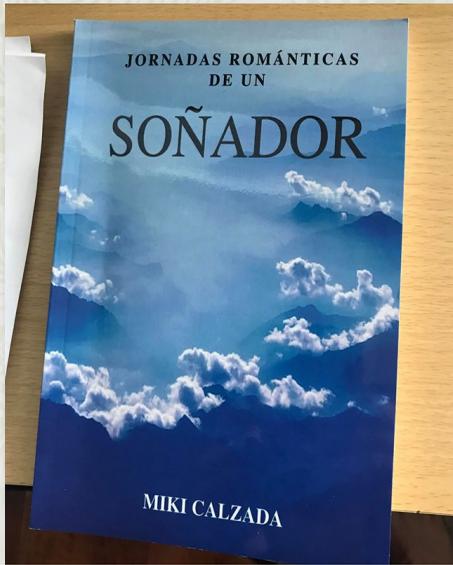
UNA INICIATIVA DE ARTE DURANTE LA PANDEMIA

Ante la incertidumbre provocada por la actual pandemia mundial, el Centro para las Artes Santo de los Últimos Días lanzó la iniciativa Art for Uncertain Times (Arte para Tiempos Inciertos). Gracias al generoso aporte de los donantes del Centro, este otorgó cincuenta becas de 250 USD para financiar proyectos artísticos en los rubros artes visuales, cine, danza,

investigación académica, literatura y música. Entre los proyectos premiados figuran los siguientes, elaborados por creadores hispanoparlantes:

- «Fish Out of Water», de Silvia Borja (artes visuales).
- [«El ciclo»](#), de Gabriel González Núñez (literatura).
- «Time for Reflection», de Francisco Estévez (música).
- [«...And the Truth Shall Make You Free»](#), de Julián Mansilla (música).

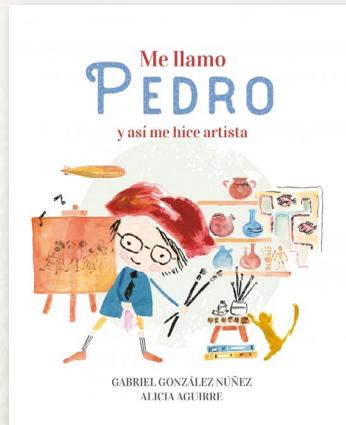




NUEVO LIBRO DE POESÍA

El poeta mexicano [Miki Calzada](#) ha publicado en edición de autor el poemario *Jornadas románticas de un soñador*. En la introducción del libro se señala que es una colección en la que el autor «escribe al amor, al desamor, a la familia, a la belleza de la cotidianidad».

NUEVOS LIBROS PARA NIÑOS



[Gabriel González Núñez](#) ha publicado en edición de Pinguin Random House Grupo Editorial Uruguay tres títulos adicionales dentro de la colección «Me llamo...»:

- [Me llamo China, y así me hice actriz](#)
- [Me llamo Pedro, y así me hice artista](#)
- [Me llamo Paulina, y así me hice defensora de la mujer](#)

